

MARXISMO, NACIONALISMO E INDEPENDENTISMO*

El nacionalismo ha sido un fenómeno de difícil comprensión para políticos y teóricos no nacionalistas desde el momento de su aparición, no sólo porque es un hecho a la vez vigoroso y desprovisto de una teoría racional sino también porque su forma y funciones han variado repetidamente a lo largo del tiempo. Como la nube con la que Hamlet se mofaba de Polonio, el nacionalismo puede ser interpretado de acuerdo con el gusto de cada uno como un camello, una comadreja o una ballena, por más que no se parezca a ninguno de ellos. Aunque tal vez el error consista en aplicar criterios zoológicos en lugar del análisis meteorológico: en el momento presente –y continuando con la metáfora– atravesamos un cierto tipo de cambio climático que afecta visiblemente esta modalidad de fenómeno meteorológico.

A diferencia de Tom Nairn, cuyo reciente libro origina estas reflexiones, vamos a comenzar por situar este cambio.¹ La esencia política del moderno nacionalismo es su demanda de "autodeterminación", esto es, el deseo de constituir algo así como un Estado-nación tal como hoy se entiende: una unidad territorial soberana e idealmente

* Publicado en *New Left Review*, n. 105, 1977. Traducción de E. Blanco Medio y J. Díaz Malledo. Tomado de *Zona abierta*, n. 19, 1979.

¹ Tom Nairn, *The break-up of Britain*, NLB, Londres, 1977. A menos que se especifique otra cosa, todas las referencias de página, en el texto del artículo y en las notas, se refieren al mencionado libro.

homogénea, habitada por ciudadanos miembros de esa nación y definida de acuerdo a diversos criterios convencionales (étnicos, lingüísticos, históricos, etcétera). Por otro lado, normalmente se considera que los modernos Estados territoriales constituyen tal tipo de nación, al menos en principio, mientras que aquellos ciudadanos que no son fácilmente encajables en ese marco se les tiende a clasificar como minorías o como otras "naciones" que deberían lógicamente tener su propio Estado. En realidad se ha alcanzado un punto en el que los términos "Estado" y "nación" son hoy por hoy intercambiables (expresión Naciones Unidas, por ejemplo). En todo caso, cualquiera que sea nuestra definición de pueblos, naciones, nacionalidades, etcétera, es claro que esta identificación es históricamente reciente, especialmente en la forma normalizada que se ha puesto de moda y que desorienta a los observadores incautos, incluyendo a Nairn.² En efecto, en primer lugar los modernos Estados territoriales de la categoría que hasta ahora se ha venido considerando como normal, pretendieran o no ser nacionales, fueron bastante poco habituales hasta bien entrado el siglo XIX; en segundo lugar, las enormes dificultades y honores (incluyendo el separatismo, la división territorial, las expulsiones en masa y los genocidios) a los que ha conducido el intento de dividir Europa en Estados–nación homogéneos, en el presente siglo, demuestran su carácter de novedad histórica.

El Estado–nación en el siglo XIX

No obstante, en el siglo XIX podían existir, y de hecho existieron, razones para un cierto tipo de "Estado–nación"; lo cual tiene poco que ver, sin embargo, con el nacionalismo en el sentido actual, excepto en cuanto significa igualmente una forma de aglutinante emocional o

² Inglaterra es tan nación como Escocia, por más que Nairn piense que no es aún "una nación como las demás" (p. 301), es decir, poseedora de una ideología nacionalista y de un partido nacionalista del tipo del que ahora disponen los escoceses.

religión cívica (patriotismo) para mantener unidos a los ciudadanos de tales Estados, divididos en clase social y en otros términos. Dichos Estados–nación fueron los principales elementos que intervinieron en la construcción del capitalismo mundial durante un amplio periodo de su desarrollo y, esta intervención, de la sociedad burguesa en el mundo desarrollado; así lo reconoció Marx al describir esta sociedad en el *Manifiesto comunista* como una unidad global al mismo tiempo que una "interdependencia de naciones". Estas representaban un elemento crucial: permitían la creación de las condiciones internas (por ejemplo un "mercado nacional") que junto con las condiciones externas hacían posible el desarrollo de la "economía nacional" a través de la organización y la acción del Estado. Probablemente, como han señalado algunos neomarxistas (Perry Anderson e Immanuel Wallerstein), la existencia de un entramado internacional de Estados separados fue esencial para el crecimiento global del capitalismo. El capitalismo mundial consistía primordialmente en un conjunto de flujos económicos entre tales economías nacionales desarrolladas. Marx, aunque en otros aspectos no fuera un nacionalista, aceptó el papel histórico de un cierto número de esas economías nacionales basadas en el Estado–nación, creencia por otra parte generalizada en el siglo XIX.

La razón de ser de tal tipo de Estados-nación no era nacionalista en el sentido actual, en tanto no se planteaba –sin más– un mundo de Estados–nación al margen de su tamaño y recursos, sino que hacía sólo referencia a Estados "viables" de dimensiones medias o grandes, lo que en consecuencia excluía, primero, un amplio número de grupos "nacionales" de la condición de Estados y, segundo, hacía caso omiso, de hecho, de la homogeneidad nacional de la mayor parte de los Estados–nación a tener en cuenta. La formulación clásica de este programa fue el esquema de la "Europa de las naciones", elaborado en 1858 por Mazzini, quien como Cavour, y dicho sea de paso, tuvo dificultades para encajar en su esquema a uno de los pocos e innegables movimientos nacionales de masas de su tiempo, el de los irlandeses. Mazzini concebía una Europa compuesta de once Estados o federa-

ciones, todos los cuales (con la significativa aunque única excepción de Italia) eran plurinacionales, no sólo en términos actuales sino también en los esencialmente decimonónicos términos wilsonianos del periodo posterior a los tratados de paz de 1918.³

La esencia de los movimientos nacionalistas en esta etapa –y las pruebas al respecto son contundentes– no era tanto la independencia estatal en sí como la construcción de Estados "viables", es decir "unificación" más que "separatismo", aunque esto quedara en parte oculto por el hecho de que la mayor parte de los movimientos nacionales tendiera a romper uno o más de los obsoletos imperios de Austria, Turquía y Rusia que aún sobrevivían. No sólo tendían a la unificación los movimientos políticos alemán e italiano, sino igualmente los llevados a cabo por los polacos, rumanos, yugoslavos (Estado de cuya composición final no existía precedente histórico), búlgaros (con Macedonia), en forma muy especial los griegos; incluso los checos, a través de sus aspiraciones históricamente nuevas en la unidad con los eslovacos. Por el contrario, movimientos políticos que aspirasen a la independencia real como pequeños Estado-nación fueron notablemente raros, cualquiera que sea la forma en que se defina el concepto de nación y considerando la independencia como hecho distinto a la consecución de uno u otro grado de autonomía o algún modo de reconocimiento singular dentro de Estados más amplios. Naim yerra enteramente al considerar a los escoceses del siglo XIX como una sorprendente anomalía ("la falta de sentido de nación del país en el siglo XIX, su casi total ausencia del amplio y variado escenario del nacionalismo europeo", p. 144): los escoceses constituían claramente una nación y lo sabían, pero a diferencia de otras pequeñas naciones europeas no necesitaban pedir lo que ya disfrutaban o, más bien, lo que ya disfrutaba su clase dominante. Es completamente anacrónico

³ Incluso en el supuesto –ya dudoso en nuestro tiempo– de que los italianos formaran una única nación homogénea, la delegación de poderes posterior a 1945 ha reconocido acertadamente la necesidad de un estatuto especial para Sicilia, Cerdeña, el binacional o trinacional Tirol del Sur y el Valle de Aosta.

esperar que hubieran solicitado un Estado independiente en esa época.

Por la razón antes apuntada, el prejuicio contra la pulverización de los Estados (es decir, contra las mininaciones y los miniestados) estaba profundamente enraizado, incluso entre los nacionalistas, al menos en Eurooa. Los minúsculos principados germánicos o las repúblicas centroamericanas eran considerados risibles, el término "balcanización" era algo casi injurioso. Después de 1918 los austriacos no creían en la viabilidad de su pequeño Estado, aunque ésta se haya demostrado posible a partir de 1945; Danzig era considerado un engendro, a diferencia de lo que hoy ocurre con Singapur. La principal significación del reconocimiento internacional otorgado a la mayor parte de los miniestados que sobrevivían del periodo preburgués, estaba relacionada con motivos filatélicos y de domiciliación de empresas; y a decir verdad, de acuerdo con las pautas de entonces, dichos Estados constituían, con mucho, curiosidades toleradas.

Los nacionalismos separatistas del presente

La situación actual es radicalmente diferente. En primer lugar, el movimiento nacionalista característico de nuestro tiempo es separatista, orientándose hacia la desmembración de los Estados existentes, incluyendo –el hecho es nuevo– los "Estados–nación" más antiguos, tales como Gran Bretaña, Francia, España e incluso (el caso del separatismo del Jura es significativo) Suiza ⁴ Es perfectamente posible encontrar explicaciones *ad hoc* para cada uno de esos casos de escisión, como Nairn hace para el caso del posible desmembramiento de

⁴ Las excepciones principales de esta tendencia en Europa, la RFA e Italia, parecen haber evitado hasta el presente las tendencias separatistas –Baviera, Sicilia y Cerdeña, por ejemplo– adoptando, o viéndose forzadas a adoptar después de la guerra, un amplio sistema de delegación de poderes, como parte de la reacción contra el fascismo, que pretendió llevar las tendencias decimonónicas de unificación nacional a su aplicación más extremada.

Gran Bretaña; pero estas explicaciones, como Nairn concede, serán irrelevantes en tanto que las características generales del fenómeno no sean conocidas ni explicadas. El problema como tal no es sólo sus circunstancias específicas y sus implicaciones políticas concretas. En segundo lugar, ha habido una completa transformación del concepto de Estado viable, como lo revela el hecho de que la mayoría de los miembros de las Naciones Unidas pronto estará formada probablemente por algo así como un conjunto de réplicas republicanas de entidades del tipo de los Sajonia–Coburgo–Gotha y Schwarzburg–Sonderhausen de finales del siglo XIX. Ello se debe principalmente, en primer lugar, al proceso de descolonización, que dejó la mitad del globo llena de territorios de reducido tamaño, o de amplios territorios con escasa población, que no podían ser o no fueron agrupados en unidades políticas más amplias o en federaciones. Es igualmente debido, en segundo lugar, a una situación internacional que, con algunas excepciones, protege incluso a los miniestados más débiles; una vez que se ratifica su estatuto de independencia, la posibilidad de conquista por parte de Estados de mayores dimensiones queda prácticamente descartada, aunque sólo sea por el temor de provocar una guerra entre las superpotencias. La situación internacional protege asimismo, aunque en un grado menor, a los Estados grandes contra la desintegración, dado que muy pocos de entre los nuevos Estados desean estimular el tipo de movimiento político que a la postre podría amenazar su propia y frágil unidad.⁵

Sin embargo esta especie de balcanización universal (o más bien esta transformación de la ONU en algo parecido a las últimas fases del

⁵ Paradójicamente, esto se traduce en que movimientos separatistas con auténtico apoyo de masas, por motivos "nacionales" o étnicos, corren hoy el riesgo de ser desalentados por el grueso de los demás Estados. Véase la actitud de la mayor parte de los gobiernos africanos con respecto a las secesiones de Biafra y Katanga. La forma mas segura de conseguir apoyo para la independencia es constituir una dependencia de una potencia colonial en liquidación, es decir figurar ya en el mapa como un territorio claramente delimitado: el equivalente actual de ser una "nación histórica".

Sacro Imperio Romano–Germánico) refleja igualmente un cambio en el capitalismo mundial, que hasta el presente no ha sido tenido en cuenta por los marxistas en la discusión del nacionalismo: específicamente, el relativo declinar del Estado–nación de dimensiones medias o grandes, y de la economía nacional como principal componente de la economía mundial. Aparte del hecho de que, en la era de las superpotencias nucleares, la circunstancia de contar incluso con un alto potencial de producción, población y recursos no es ya suficiente para alcanzar el *estatus* militar que, tiempo atrás, fue el criterio de una "gran potencia";⁶ el surgimiento de las compañías multinacionales y de la gestión económica de ámbito internacional ha transformado la división internacional del trabajo y sus mecanismos, alterando a la vez el criterio de "viabilidad económica" de un Estado. Este se entiende, en la actualidad, no ya como el de una economía suficientemente amplia para proporcionar un adecuado "mercado nacional" y tan variada que pueda producir una parte sustancial del necesario conjunto de bienes (desde alimentos hasta equipo de capital), sino en términos de una posición estratégica en algún lugar del complejo circuito de una economía mundial integrada, que pueda ser explotada para asegurar una adecuada renta nacional. Mientras la dimensión fue un elemento esencial en el criterio antiguo, parece ampliamente irrelevante por lo que respecta al nuevo; algo parecido a lo que ocurría en la etapa preindustrial del desarrollo capitalista, cuando Génova o Hamburgo no veían razón para estimar su viabilidad como Estados, con arreglo en los mismos criterios que España o Gran Bretaña. De acuerdo con estos nuevos modelos, Singapur es tan viable como Indonesia y mucho más próspera, Abu Dhabi superior a Egipto; y cualquier punto perdido en el Pacífico puede aspirar a la independencia –y en su momento a contar con su propio presidente– en el caso de que posea la adecuada localización para una base naval

⁶ Esta es probablemente la primera vez en la historia del moderno sistema estatal en que dos Estados a los que generalmente se considera "grandes potencias" económicas en el sentido tradicional –Alemania y Japón–, apenas han intentado hasta el momento alcanzar una posición militar correspondiente a su condición.

por la cual compiten los Estados más potentes, alguna generosa dádiva de la naturaleza, como manganeso o suficientes playas y muchachas hermosas como para convertirse en un paraíso turístico. En términos militares, por supuesto, la mayor parte de los miniestados simplemente no cuenta, pero tampoco cuenta hoy por hoy la mayor parte de los grandes Estados. La diferencia entre Gran Bretaña y Barbados, en este sentido, es ya sólo de grado.

Esta combinación de una nueva fase de la economía internacional y del peculiar equilibrio del terror nuclear del pasado reciente, no ha creado los divisivos nacionalismos de nuestro tiempo, pero sí les ha dado rienda suelta. Si las Seychelles pueden tener un voto en la ONU igual que Japón, y los kuwaitíes ser tratados como antiguos lores ingleses por el poder de su petróleo, entonces, desde luego, no hay razón para que lugares como la Isla de Man, las Islas del Canal de la Mancha (por mencionar unos candidatos cuyas razones para la independencia son, para los parámetros que hoy se manejan, mejores que las de muchos otros), Canarias o Córcega (cuyos movimientos separatistas están siendo apoyados invocando la teoría marxista) no puedan constituir entidades similares. Por supuesto, la nueva situación ha transformado las actuales perspectivas de minindependencia. Sin entrar a discutir sus méritos intrínsecos, las propuestas de constituir un Estado para una parte de Irlanda del Norte o una espaciosa república en el Sahara, con base en sesenta mil nómadas, no pueden ya excluirse a priori de una consideración seria, amparándose en razones prácticas. Aún más, el pequeño Estado "desarrollado" es hoy potencialmente mucho más próspero y viable y se lo toma más en serio que en los siglos pasados. Si existen Islandia y Luxemburgo, ¿por qué no Bretaña o el País Vasco? Para los nacionalistas, que se entregan con facilidad al optimismo, y a quienes por definición sólo les preocupa su propio colectivo, tales argumentos son enteramente válidos.⁷ Como muchos, alguna noche se les alterará el sueño por lo

⁷ Sin embargo algunos pueblos o Estados de reducidas proporciones han aprendido, probablemente a través de su amplia experiencia histórica, a reducir sus aspi-

que podría llamarse "efecto de las islas Shetland" (*Shetland effect*), entendiéndolo por tal que no sólo los viejos o grandes Estados son vulnerables a la división. Pero –desde una perspectiva diferente– es posible contemplar la aparición del nuevo y divisivo nacionalismo en un contexto más amplio.

La soberanía como dependencia

La primera observación de quienes se sitúan en esta otra perspectiva sería que la multiplicación de Estados soberanos independientes cambió sustancialmente para la mayor parte de ellos el sentido del término "independencia", convirtiéndolo en un sinónimo de "dependencia", como anticiparon esos antepasados históricos del moderno neocolonialismo: los Estados latinoamericanos del siglo XIX. Podemos dejar de lado el hecho obvio de que muchos de los Estados antes mencionados conservan su independencia sólo porque se les tolera o protege (Chipre, el Timor portugués, y Líbano ilustran lo que puede ocurrir cuando no se cuenta con dichas condiciones). En cuanto a su dependencia económica, lo es en dos sentidos: en términos genéricos, en el marco de una economía internacional en la que en condiciones normales no pueden influir con sus solas fuerzas;⁸ y en términos específicos, y en proporción inversa a su dimensión, dependencia con respecto a las grandes potencias y a las compañías multinacionales. El hecho de que éstas hoy por hoy prefieran –o estimen indispensable– una relación neocolonial más bien que una dependencia formalizada no debería engañarnos. Muy al contrario. La estrategia

raciones a una adimensión más modesta. Como ejemplos podrían aducirse los casos de los galeses –a diferencia de los escoceses y los eslovenos, respectivamente. Valdría la pena investigar los motivos de tales diferencias.

⁸ La circunstancia coyuntural del relativo dominio de algunos Estados productores de petróleo sobre el mercado mundial de la energía es una excepción. Ninguna otra materia prima, por desigual que sea su distribución geográfica, ha proporcionado a los pequeños Estados que disponen de ella recursos o fuerza comparables.

óptima para una economía neocolonial instrumentada a través de las multinacionales es precisamente aquella en la que el número de Estados oficialmente soberanos hace que sea máximo; y su dimensión y su potencia media —es decir, su capacidad efectiva para imponer las condiciones bajo las que los países extranjeros y el capital extranjero habrán de operar dentro de ellos— sean mínimas. Incluso en los años veinte las auténticas repúblicas bananeras fueron las pequeñas (Nicaragua más que Colombia). Y en nuestros días es evidente que Estados Unidos o Japón y sus compañías preferirían tratar con Alberta antes que con Canadá, y con Australia Occidental antes que con Australia, cuando se trata de llegar a acuerdos económicos (en ambas provincias existen, de hecho, aspiraciones autonomistas). Este aspecto del nuevo sistema de Estados no debe pasarse por alto, aunque por supuesto no puede ser usado como un argumento *a priori* de carácter general para propugnar la existencia de Estados grandes con preferencia de los Estados pequeños, y mucho menos para defender los Estados unitarios con preferencia de los Estados descentralizados o federales.

Una segunda observación es que, independientemente de las circunstancias de cualquier caso específico, la situación actual estimula, y no sólo entre los nacionalistas, la suposición de que la independencia en forma de Estado o su equivalente es el modo normal de satisfacer las aspiraciones de cualquier grupo que posee una base territorial (una "patria"), es decir una nación potencial.⁹ Esto es erróneo por tres razones.

En primer lugar, nada avala esta suposición, ni en la teoría ni en la historia, incluso ni en la práctica actual. En segundo lugar, esa línea de razonamiento descarta implícita o explícitamente las numerosas y —con todos sus problemas— posibles fórmulas, que combinan unidad

⁹ Véase la observación de Nairn, quien dice que el "auto-gobierno" es "la aburrida y habitual respuesta a los conflictos de nacionalidad" (p. 241). Como tantas veces, la tendencia a usar epítetos retóricos ("aburridas") debe poner sobre aviso a los lectores y debería haber puesto sobre aviso al autor.

nacional con delegación de poderes, descentralización o federación. Para citar algunos casos: Estados Unidos, Canadá, Australia, Alemania Federal, Italia, Yugoslavia, Suiza y Austria. En otras palabras, tiende a pasar por alto aquellos problemas de la "rebelión contra los grandes Estados" y las "demandas de autogobierno regional" (p. 253) que no pueden asimilarse a los problemas de nacionalismo que se expresan en términos separatistas; casos como el de Bretaña se hacen notar, mientras que casos como el de Normandía pasan desapercibidos.

En tercer lugar, y lo que probablemente es más grave, se deja de lado el problema de cómo organizar la coexistencia real de diferentes grupos étnicos, raciales, lingüísticos, etcétera, en áreas geográficas que son prácticamente indivisibles y que, desde luego, son las que constituyen la regla general.¹⁰ Sin pretender nada contra las posibles buenas razones de –digamos– el nacionalismo flamenco, puede afirmarse que para cualquiera, excepto para los nacionalistas flamencos apasionados, los motivos de queja de esa nación parecen objetivamente más fáciles de solventar que, por ejemplo, el problema de los negros en Estados Unidos o el de los trabajadores emigrantes establecidos en cualquier parte de Europa.

Marxismo y nacionalismo

¿Requiere la presente fase del nacionalismo algún cambio en la actitud de los marxistas hacia este fenómeno? Si nos atenemos al libro de Nairn, la situación ciertamente parece requerir, más que los rituales golpes de pecho acerca de las deficiencias teóricas en este terreno, un recordatorio básico: los marxistas en cuanto tales no son nacionalistas. No pueden serlo en cuanto teóricos, puesto que pasa por

¹⁰ El nacionalismo de Quebec, de carácter esencialmente lingüístico, es un excelente ejemplo de cómo se intenta resolver un problema de lenguaje, colocando al mismo tiempo a minorías étnicas proporcionalmente importantes – angloparlantes, emigrantes, esquimales e indios– precisamente en la misma situación que se desea eliminar para la población francófona.

ser teoría nacionalista (tampoco como historiadores, considerando la vieja y acertada observación de Ernest Renan, de que una característica esencial de las naciones consiste en que entienden mal su propia historia); ni pueden serlo en la práctica, dado que el nacionalismo, por definición, subordina a los intereses de su específica "nación" todos los demás.

No necesitamos asumir una posición luxemburguista para afirmar categóricamente que cualquier marxista que, al menos en teoría, no esté dispuesto a contemplar los "intereses" de su propio país o pueblo subordinados a intereses más amplios, haría mejor en reconsiderar sus lealtades ideológicas. Esto, por otra parte, no tiene que aplicarse sólo a los marxistas. Israelitas y palestinos pueden pensar que la conservación o establecimiento, respectivamente, de sus Estados, merece una guerra mundial, o pueden actuar como si lo creyeran, pero el resto de los más de cuatro mil millones de habitantes del mundo difícilmente estará de acuerdo con ellos. El examen de si la actitud práctica se adapta a la ideología debe ser hecho, por supuesto, en relación con la gente o el país a los que el marxista pertenece, por obvias razones psicológicas y de otro orden. Para un marxista judío, incluso si desea preservar lo que es ahora un pueblo judío establecido en Israel, la prueba de fuego consistiría en que no fuera sionista. Este razonamiento general también podría aplicarse a los escoceses.

En la práctica, naturalmente, las pruebas de ese género no están tan definidas como en teoría. No tanto porque la mayor parte de los marxistas, empezando por Marx y Engels, estuvieron o están orgullosos de las comunidades nacionales, étnicas, culturales o de otro tipo a las que pertenecieron o pertenecen, sino que por razones obvias (que Nairn pone de relieve) la mayor parte de los movimientos socialistas operan, en la realidad, dentro de los límites de algún Estado o pueblo determinado —en los casos en que han tenido más éxito, de hecho, operan como movilizadores y representantes de determinadas naciones tanto como de sus clases oprimidas—, y los intereses de

las entidades nacionales concretas a menudo claramente no son congruentes ni convergentes. Esta última circunstancia deja un amplio margen para la justificación y racionalización de las respectivas políticas nacionales por parte de los marxistas.

El problema reside precisamente en distinguir lo que es simple racionalización de lo que no lo es, tarea que, una vez más, parece más asequible a quienes no pertenecen a esa determinada nación. Pocos marxistas que no sean chinos se dejarán impresionar por la defensa que los chinos hacen, en términos marxistas, de una política exterior que en los últimos años no ha parecido orientada a hacer avanzar la causa del socialismo no chino. En la actualidad, Eritrea y la república de Somalia (esta última autodefiniéndose marxista) justifican sin duda el intento de desmembramiento del Estado etíope con citas de Lenin, del mismo modo que el gobierno etíope (marxista) justifica la conservación de la unidad de su país. Quienes no pertenezcan a dichos territorios pueden fácilmente percatarse de que esas acciones, aunque no los argumentos, son aproximadamente iguales aunque ninguna de ellas se base en postulados marxistas.

Si bien los marxistas no son nacionalistas (aunque crean en el desarrollo nacional y dediquen la mayor parte de sus esfuerzos a sus respectivas naciones), necesitan, sin embargo, enfrentarse al hecho político del nacionalismo y definir las actitudes correspondientes a sus manifestaciones específicas. Esto ha constituido necesariamente para la mayor parte de éstos, incluso desde la época de Marx, no una cuestión de principios teóricos (excepto tal vez para la minoría de luxemburguistas que tiende a sospechar de las naciones en block), sino de juicio pragmático en función de circunstancias cambiantes. En principio, los marxistas no están a favor ni en contra de la independencia, como Estado, de nación alguna (que no es lo mismo que el concepto leninista de "derecho a la autodeterminación"), aun suponiendo que pueda existir otro criterio, además del puramente pragmático, acerca de lo que en cualquier caso particular constituye una "nación", si bien es cierto que en realidad esa actitud no belige-

rante puede hacerse extensiva a cualquiera, incluyendo a los propios nacionalistas, excepto en lo que se refiere, claro está, a su propia nación. Si cuentan con alguna imagen histórica del ordenamiento internacional de un futuro socialismo mundial, ésta ciertamente no consiste en un mosaico de Estados–nación homogéneos y soberanos, de amplias o, más bien, reducidas dimensiones como parece ser la tónica actual, sino en una asociación o unión organizativa de naciones, a la que posiblemente siga –aunque sobre esto apenas se ha insistido desde el Manifiesto comunista– la disolución final de las culturas nacionales en una cultura global, o, por decirlo en términos más genéricos, en una cultura común a toda la humanidad.

Dado que los marxistas consideran las naciones en el sentido moderno como fenómenos históricos más que como datos eternos *a priori* de la sociedad humana, su política no puede considerar las naciones como realidades absolutas. ¿Cómo podría en realidad ser así en áreas como el Oriente Medio, donde guerra o paz giran fundamentalmente en torno a los problemas de dos "naciones" que, como Estados–nación territoriales, casi no habían sido ni concebidos en 1918? En pocas palabras, la actitud marxista hacia el nacionalismo, como parte de su programa, es similar en muchos aspectos a la actitud de Marx hacia otras abstracciones a priori de lo que, en su día, fue el radicalismo pequeño burgués, la "república democrática", por ejemplo. No es una actitud que carezca de comprensión hacia el fenómeno, pero es contingente y no absoluta. El criterio fundamental del juicio pragmático marxista ha sido siempre elucidar si el nacionalismo como tal, o cualquier caso particular de éste, hace avanzar la causa del socialismo; o, inversamente, cómo evitar que detengan ese proceso, o, incluso, cómo movilizar el nacionalismo como una fuerza que contribuya al progreso del socialismo. Pocos marxistas habrán sostenido que ningún movimiento nacionalista deba ser apoyado; ninguno que todos los movimientos nacionalistas contribuyan automáticamente al avance del socialismo y deban, por lo tanto, ser apoyados. Cualquier marxista, no perteneciente a la nación implicada, mirará con desconfianza a los partidos marxistas que coloquen la

independencia de sus naciones por encima de cualquier otro objetivo, sin tener en cuenta la totalidad de las circunstancias pertinentes.

Lenin y la liberación nacional

A partir de Lenin, sin embargo, los marxistas han desarrollado una política nacional suficientemente vigorosa como para asociar el marxismo con los movimientos de liberación nacional en amplias zonas del mundo, inclusive en ocasiones para poner en marcha movimientos nacionales bajo dirección marxista. Esta política descansa esencialmente en tres elementos. En primer lugar, se amplía mucho más allá de los límites previstos por Marx y Engels la categoría de los "movimientos nacionales", considerados esencialmente "progresivos" en sus efectos; se incluye así en esta categoría la gran mayoría de los movimientos nacionales del siglo XX, especialmente cuando, como ocurrió durante el periodo antifascista, se amplía el concepto para abarcar las luchas de resistencia nacional contra las más peligrosas potencias ultrarreaccionarias. El nacionalismo "progresivo", y aunque Nairn parece no ser consciente de esta circunstancia, no ha estado limitado a la categoría de los movimientos dirigidos contra la explotación imperialista, que representaba algo así como "la fase democrático-burguesa" en la evolución de los países menos desarrollados. En segundo lugar, se hace posible y deseable la existencia de movimientos marxistas revolucionarios que no funcionen simplemente como movimientos de clase de los explotados y oprimidos, sino también como punta de lanza en la lucha de naciones enteras por su emancipación; en pocas palabras, movimientos como los de los chinos, vietnamitas, yugoslavos, etcétera, así como también el comunismo gramsciano. En tercer lugar, se reconocen las fuerzas sociales que han dado realidad a los movimientos nacionales y el poder político de éstos, aceptando como cuestión de principios la autodeterminación, incluyendo la posibilidad de secesión, aunque Lenin, de hecho, no recomendara a los socialistas de los países afectados favo-

recer la secesión, excepto en circunstancias específicas y pragmáticamente indentificables.

A pesar de sus notables éxitos, esta política leninista no puede dejar de criticarse. Es difícil, en efecto, negar que sólo en pocos casos han tenido éxito los marxistas al llegar a ser la fuerza dirigente en los respectivos movimientos nacionales o al mantenerse en esa posición. En la mayor parte de los casos, especialmente cuando tales movimientos nacionales existían ya como fuerzas considerables o eran auspiciados por gobiernos estatales, los marxistas han entrado en una relación de subordinación respecto al nacionalismo no marxista o antimarxista, o han sido absorbidos por éste o marginados. Por lo que a esto se refiere, las alegaciones luxemburguistas no dejan de tener visos de realidad. Analizando retrospectivamente el movimiento político irlandés, por ejemplo, bien puede decirse que un partido obrero irlandés sería hoy más significativo y prometedor políticamente si Connolly no hubiera identificado, con su rebelión y su muerte, la causa de dicho partido con el fenianismo católico–nacionalista, convirtiendo así de hecho en imposible un movimiento obrero unido del norte y del sur. En lugar de transformarlo, el elemento marxista en el nacionalismo irlandés ha producido poco más que otro santo y mártir nacionalista; además de un matiz socialrevolucionario en los elementos radicales del IRA que, como demuestra la experiencia del Ulster desde 1968, no ha sido suficientemente fuerte para imponerse a la tradición de otro carácter tan rápidamente movilizada por y para los probos. El comunismo irlandés es insignificante y el Partido Laborista Irlandés más débil que en cualquier otra área de las Islas Británicas. No pretendo sugerir, incluso si este ejercicio de la historia contrafáctica (es decir, de pura ficción) fuera posible, que el movimiento socialista irlandés habría tenido más éxito con

(falta texto en el original) ¹¹

¹¹ Faltan dos páginas del texto que ha servido de base a esta maquetación.

cación de los Estados–nación como tales– en un motor histórico para generar el socialismo, ya sea para reemplazar o para suplementar el mecanismo histórico marxiano. Este, como hemos visto, incluye la formación de algunos Estados–nación como elemento esencial del desarrollo capitalista, y atribuye un papel estratégico crucial a algunos movimientos de inspiración nacionalista; pero no ofrece lo que el nacionalismo requiere: carta blanca para cualquier Estado o movimiento político de este tipo. A decir verdad, la teoría del nacionalismo que Nairn emplea (pp. 334–50), y el propio autor considera un tanto improvisada, no intenta proporcionar dicho mecanismo, sino meramente señalar que la continua multiplicación de los Estados independientes ("fragmentación sociopolítica") en un proceso que a juicio de Nairn dista mucho de haberse completado (p. 356), es un subproducto inevitable del desarrollo desigual del capitalismo, y, por lo tanto, debe ser aceptado como un marco "establecido e ineludible" para las aspiraciones socialistas. Esto puede o no puede ser así, aunque sólo puede convertirse en una fuerza que los socialistas apoyen, en cuanto socialistas, si nos basamos en el supuesto –no demostrado en absoluto– de que el separatismo constituye, de por sí, un paso hacia la revolución.

En segundo lugar, y esto se refiere esencialmente a los nacionalistas más que a los marxistas, no hay forma de utilizar el argumento general de balcanización creciente como una razón específica para justificar la independencia de cualquier supuesta "nación". Suponer que la multiplicación de los Estados independientes pueda tener final, es suponer que el mundo puede subdividirse en un número finito de potenciales "Estados–nación" homogéneos, inmunes a posteriores subdivisiones, es decir, que dicho número de Estados puede determinarse *a priori*. Evidentemente este no es el caso, incluso si lo fuera el resultado no sería necesariamente un mundo de Estados–nación. El imperialismo británico actuó, es cierto, en forma interesada al utilizar contra el nacionalismo hindú el argumento de la multiplicidad de grupos lingüísticos en el subcontinente indio; pero –aunque no pretendamos negarles su "derecho a la autodeterminación"– no es evi-

dente que la división de la región fronteriza de la India, Birmania y China en veinte Estados–nación distintos y soberanos sea practicable o deseable.¹²

No necesitamos discutir aquí el supuesto de que todas las naciones deban formar Estados soberanos separados o que estén destinadas a ello; baste señalar que cualquier número finito de tales Estados necesariamente margina de la posibilidad de convertirse en Estados a algunos candidatos potenciales. En pocas palabras, cualquiera que sea la valoración que se haga de la tendencia histórica general, el argumento para la constitución de cualquier Estado–nación independiente debe ser siempre un argumento *ad hoc*, lo que convierte en discutibles las razones que pretenden justificar todos los casos de autoterminación a través del separatismo. La ironía del nacionalismo es que el argumento para la separación entre Escocia e Inglaterra es estrictamente análogo al argumento en favor de la separación de las islas Shetland de Escocia. Como análogos son los argumentos que se emplean contra ambas separaciones.

Sería absurdo, por supuesto, negar que la relación entre nacionalismo y socialismo plantea igualmente enormes dificultades para los socialistas no nacionalistas. Está, por ejemplo, el dilema subjetivo de los marxistas norteamericanos, quienes no pueden de modo realista aspirar al socialismo en un futuro previsible, en cuyo país –principal soporte del capitalismo y de la reacción internacionales– el nacionalismo es un concepto que viene en gran parte definido por la exclusión de gente como dichos marxistas, a quienes se tacha de antiamericanos. Al igual que los alemanes antifascistas en el periodo nazi, aunque con menos convicción, tal vez podrían consolarse con la idea de que ellos representan la "verdadera nación", por contraposición a

¹² Utilizo los datos proporcionados por R. P. Dutt en *Modern India*, 1940, pp. 264–5, omitiendo las lenguas (o empleando la expresión de Dutt, "dialectos menores") habladas por menos de cincuenta mil personas; seis de las lenguas aludidas eran habladas por más de doscientas mil personas. En todo caso el argumento no depende de la exactitud de los datos.

la falsificada, pero en realidad no pueden evitar el nadar totalmente contra la corriente del "patriotismo" local. Tenemos, por otra parte, el hecho más general y – ¡ay!– objetivo de que los movimientos y Estados marxistas no han encontrado una solución a la "cuestión nacional". Ni el austromarxismo ni el marxismo leninista (sin tener el poder) han sido capaces de evitar el desmembramiento de grandes partidos en secciones nacionales, cuando la presión nacional ha sido suficientemente grande; tampoco el leninismo ha sido, por cierto, capaz de evitar el desmembramiento de su movimiento internacional a lo largo de líneas fundamentalmente nacionales. Los Estados socialistas plurinacionales tienen lo que a simple vista parece un problema similar al de los Estados no socialistas en lo que se refiere a los nacionalismos internos. Por otra parte, los movimientos y Estados marxistas han tendido a convertirse en nacionales no sólo en la forma sino en la sustancia, es decir, a convertirse en nacionalistas. Nada sugiere que esta tendencia no vaya a continuar.

Si se admite lo anterior, el desfase ya evidente entre el marxismo como análisis de lo que existe o empieza a existir, y el marxismo como formulación de lo que queremos que ocurra, será mayor. Un aspecto más de la utopía tendrá que desmontarse o posponerse a un futuro no predecible. El mundo socialista no será –en caso de que empiece a existir en la presente contelación histórica, aunque ¿quién apostaría mucho a esa carta?– el mundo de la paz, la fraternidad y la amistad internacionales con el que han soñado filósofos y revolucionarios. No todos nosotros liquidaríamos tan rápidamente como Nairn esa "grandiosa tradición universalizadora" (que como él mismo dice remonta más allá de Max) como una mera aberración del eurocentrismo, como una "fantasía metropolitana" (pp. 336–367): su teoría del nacionalismo, afortunadamente, es demasiado endeble para tentarnos a ello.¹³ Sin embargo, desde 1914 hemos tenido tiempo sufi-

¹³ El argumento de que el nacionalismo se deriva esencialmente de la reacción de las élites "periféricas" contra el avance y la penetración del capitalismo metropolitano descuida, entre otras cosas, el origen histórico del fenómeno y su papel en

ciente para acostumbramos a un socialismo internacional -compuesto de movimientos o Estados- que se encuentra muy lejos de los sueños y esperanzas de los primeros tiempos. El peligro real para los marxistas es la tentación de acoger el nacionalismo como una ideología y un programa, en vez de aceptarlo en forma realista como un hecho, como un elemento en su lucha de socialistas (después de todo, uno no acoge favorablemente el que el capitalismo haya resultado ser mucho más resistente y económicamente viable de lo que Marx o Lenin esperaban, aunque no haya más remedio que aceptarlo). Aparte de que eso supondría abandonar los valores de la Ilustración, los de la razón y la ciencia, caer en dicha tentación implicaría renunciar a un análisis realista, marxista o no marxista, de la situación mundial. Por este motivo es que libros como el de Nairn deben criticarse, a pesar de su talento y la perspicacia de la que con frecuencia hace gala, o tal vez precisamente a causa de ello. La expresión de Karl Kraus acerca del psicoanálisis, acertada o no en lo que se refiere a Freud, puede igualmente aplicarse a esta clase de libros: son al menos un síntoma de la enfermedad que pretenden curar.

Sobre The break-up of Britain

No es mi propósito discutir aquí el libro de Nairn detalladamente. En esencia, el libro contiene dos series de argumentos: un razonamiento específico, para explicar "el desmembramiento de Gran Bretaña", y un razonamiento general que pone de relieve la insuficiencia del

los países del "centro" del desarrollo capitalista, países que proporcionaron el modelo conceptual para los restantes nacionalismos: Inglaterra, Francia, EEUU, Alemania. De hecho, es fácil dar la vuelta al argumento manejado por Nairn, presentando al mundo moderno de naciones-Estado, de "entidades (territoriales) monoculturales, homogéneas y unilingüísticas, que ha llegado a ser el patrón normal de las Naciones Unidas" (p. 317), esencialmente como un producto -es de esperar que transitorio- de la moda eurocéntrica. Esta alternativa, por supuesto, constituiría un ejemplo de retórica política no más satisfactorio que el ofrecido en la versión de Nairn.

marxismo, alegando –el autor perdonará tal vez una pequeña simplificación– que no reconoce que la división de los grandes Estados en Estados pequeños es una especie de ley histórica. El primero contiene observaciones interesantes, agudas y en ocasiones notables, sobre historia inglesa e irlandesa, aunque estas observaciones sean de inferior calidad en lo que se refiere a historia escocesa o galesa, las cuales adolecen en general de la tendencia a convertirse en invectivas anti-inglesas. El segundo razonamiento sufre de las habituales desventajas de los argumentos especiosos que quieren presentarse como gran teoría; como interpretación del marxismo, es discutible; como teoría del nacionalismo, y a pesar de su terminología neomarxista ("desarrollo desigual", referencias a Anderson y Wallerstein), no es muy diferente de otras que ahora son moneda corriente entre los académicos (Cfr. pp. 96–105 y cap. 9)¹⁴

Tiene más interés comentar la extensa, desapasionada y a menudo brillante investigación que Nairn hace de la "crisis de Inglaterra", dada la importancia de retroceder a las peculiaridades y compromisos de la revolución inglesa y el triunfo de la sociedad burguesa británica, por más que el análisis ofrecido por Nairn sea en algunos sentidos extraordinariamente completo y en otros extraordinariamente incompleto. Aún más, en ese terreno Nairn abre un campo nuevo desde el punto de vista marxista, especialmente al relacionar la inadaptable del capitalismo británico a las condiciones de la segunda

¹⁴ Excepto tal vez en la dudosa afirmación de que el nacionalismo decimonónico fue esencialmente una reacción contra "formas de Estado indudablemente arcaicas", tales como los viejos imperios plurinacionales o más bien pluricomunales (pp. 86–87, 317–318). Evidentemente, en parte consistió en esto, como no podía ser de otro modo, pero de ahí no se deduce que las formas arcaicas de Estado "estuvieran destinadas a desintegrarse en naciones–Estado con arreglo al modelo occidental (...) por la propia naturaleza del capitalismo". Como se puso de manifiesto anteriormente, los componentes de dichas entidades plurinacionales tendieron, tanto o más que a la desintegración mencionada (en el "centro" capitalista, definitivamente más), a olvidar sus particularismos para constituir naciones–Estado más amplias y unificadas, tales como Gran Bretaña, Francia, Alemania e Italia.

mitad del presente siglo con las estructuras político–culturales y estatales, resultado de las peculiaridades de la "revolución burguesa" en Gran Bretaña. Es obligado reconocer la contribución de Nairn en este terreno. Sin embargo el autor utiliza argumentos de doble filo, los cuales hace un siglo podrían haberse utilizado perfectamente para explicar los triunfos y éxitos del capitalismo británico. Argumentos análogos podrían usarse de la misma manera en la actualidad para explicar el singular éxito de los capitalismo alemán y japonés y, plausiblemente, los logros económicos del socialismo alemán. En un sentido o en otro, dichas consideraciones podrían aplicarse incluso a cualquier país burgués, sin excluir, de acuerdo con la propia formulación de Nairn, a la Escocia de los siglos XVIII y XIX. ¿No sería, en efecto, tan cierto como para Inglaterra decir que "la clase y el Estado patricios (escoceses) proporcionaron las condiciones necesarias para la industrialización"? (p. 30). Esto es así porque, con base en el razonamiento del mismo Nairn, el "desarrollo desigual" excluye la posibilidad real de un caso–tipo de sociedad burguesa "pura" al cien por ciento. De todos modos, dado que ningún "país desarrollado" ha producido hasta el momento una revolución socialista, una variante de argumento histórico puede usarse para explicar el que no haya ocurrido en lugar alguno. Y, por el contrario, dado que un número creciente de los viejos "Estados–nación" muestran tendencias a la fisión, el análisis de la realidad británica en relación con su naufragio económico es poco convincente como explicación del fenómeno más general.

El libro de Nairn no constituye, en modo alguno, el único intento de diluir las diferencias entre los marxistas y el nacionalismo. Pero lo que convierte a libros como el suyo en un síntoma tan deprimente de nuestro tiempo, es precisamente que el autor no es el tipo de nacionalista que hoy ostenta una enseña marxista y antes de la segunda guerra mundial podría haberse orientado hacia la ultraderecha, ni el tipo de marxista que en el momento decisivo se descubre judío o árabe antes que marxista. Su cualidad principal ha sido siempre apreciar las automistificaciones de los que hablan de "desmistificación";

saber descubrir la endeblez intelectual existente tras ciertas expresiones políticas disfrazadas de análisis político, tras la negativa a reconocer ciertas realidades por desagradables. En casos en que ni sus emociones ni las de la mayor parte del mundo están básicamente implicadas, como en el caso del Ulster (sobre el cual, como el autor observa con certeza, poca gente fuera de Irlanda del Norte se preocupa realmente), su análisis adquiere una implacable fuerza. Incluso su nacionalismo escocés —que no es lo mismo que su "ser escocés"— no parece tanto base y objetivo de su política, como una última retirada.

Porque cualquiera puede ser realista cuando las perspectivas son alentadoras. Las dificultades empiezan cuando, como en el presente, el análisis sugiere a observadores realistas como Nairn conclusiones de un profundo pesimismo. Aunque Nairn lo niegue, su actitud está fuertemente influida por la imagen de Wáter Benjamín —que el propio autor cita— acerca "progreso" como un montón de restos que, mientras avanzamos de espaldas hacia el futuro, vemos acumularse tras las tormentas de la historia, con el temor de que tal vez el futuro no sea como lo deseamos o incluso como nos parecería tolerable (pp. 359–360 y 362). Los diversos mecanismos en los cuales los marxistas, basándose más o menos vagamente en los análisis de Marx, han confiado para la sustitución del capitalismo por el socialismo, no funcionan en los países desarrollados ni en la mayor parte del "tercer mundo", en sí mismo un concepto cuya vaguedad es, a estas alturas, obvia. En cuanto a los Estados socialistas, es difícil negar sus problemas internos y las incertidumbres de su propio futuro. Y se podría añadir que estos Estados, incluso para aquellos de nosotros que rehusamos minimizar sus extraordinarios logros históricos son, en su forma presente, difíciles de aceptar como modelos de un deseable futuro socialista.

La sociedad capitalista se encuentra hoy en una crisis global; pocos pueden creer, sin embargo, que el resultado probable o incluso posible a corto plazo en cualquier país sea de signo socialista. Entonces

podríamos preguntarnos, ¿en qué se basarán nuestras esperanzas, si no en el voluntarismo o en un acto de fe de la inevitabilidad histórica? Pero los marxistas no han sido nunca voluntaristas ciegos ni se han basado en la inevitabilidad histórica ni en la generalización filosófica en abstracto; por el contrario, han pretendido siempre identificar específicas fuerzas sociales y políticas, coyunturas o situaciones específicas que pudieran contribuir a cavar la tumba del capitalismo.

La tentación del separatismo

En este contexto ha de examinarse la tentación del nacionalismo separatista, una fuerza sociopolítica activa, creciente e indudablemente poderosa, capaz, dentro de su limitado campo de acción, de dictar condiciones no sólo a los trabajadores, sino también a la burguesía y a los Estados capitalistas. Podría decirse incluso que el fenómeno se desarrolla visiblemente con la crisis de ambos. Nairn subraya acertadamente que los separatismos nacionales escocés y galés, que el autor juzga como una "huida antes que el barco se hunda", adquieren su importancia como movimientos a consecuencia de la crisis del capitalismo británico. Analizándolo más detalladamente, es igualmente cierto, aunque Nairn no lo diga, que ambos nacionalismos recibieron el grado de apoyo de las masas con el que actualmente cuentan, especialmente el de los trabajadores, como un resultado directo del fracaso del Partido Laborista Británico en los años sesenta. Mientras escoceses y galeses pusieron sus esperanzas en los distintos partidos que abarcando el país en su conjunto pretendían representar al "progreso y al pueblo" –primero al Partido Liberal, más tarde el Partido Laborista–, el apoyo de las masas al nacionalismo separatista fue (a diferencia de lo ocurrido en Irlanda) poco considerable. Y en forma similar a lo que sucedió en algunos otros Estados burgueses desarrollados –notoriamente en Estados Unidos–, el "partido del pueblo" pudo adquirir mayor fuerza y capacidad para servir a quienes lo apoyaban, ampliándose mediante una alianza que incluía a

los trabajadores, los intelectuales, las minorías nacionales, raciales y religiosas, y los habitantes de las áreas geográficas deprimidas.¹⁵

No hay razones, por tanto, para suponer que el descubrimiento por la clase media escocesa del potencial petrolífero de la zona –hecho en todo caso posterior a la aparición de un movimiento nacionalista de masas– habría hecho a la gran masa de los trabajadores escoceses más proclives a seguir automáticamente al Partido Nacionalista Escocés (SNP), ni que el argumento de una economía escocesa dinámica y floreciente que se ahoga debido a su relación con la económicamente atrasada Inglaterra habría sonado más convincente en Strathclyde que en cualquier otra parte fuera de los círculos nacionalistas escoceses.

¿No podrá esta inequívoca y formidable fuerza del nacionalismo –inseparable del "desarrollo" capitalista (o tal vez de cualquier desarrollo), generada constantemente por éste, que crece y se universaliza con las desigualdades, tensiones y contradicciones engendradas por el capitalismo (pp. 334–340)– convertirse de algún modo en el enterrador del sistema capitalista? ¿No habrá de verse en dicha fuerza, aun con toda su reconocida ambigüedad ("el moderno Jano") algo no sólo inevitable sino también deseable si va a colaborar, por ejemplo, a restaurar "los verdaderos valores de comunidades más reducidas, más fácilmente identificables (p. 253)? ¿Podrá como para Sherlock Holmes la eliminación sistemática de todas las hipótesis restan-

¹⁵ En un ensayo escrito en 1965, sugerí esto para el caso del Reino Unido pero indicaba: "Si con el declive del movimiento laborista tradicional las consignas nacionalistas llegaron o no a tener en el futuro una mayor atracción para las clases trabajadoras escocesa o galesa, es una incógnita a la que sólo el futuro puede responder". En la época en que el ensayo se preparaba para la imprenta (1968) ya era posible decir: "desde 1966, la desilusión con respecto al gobierno laborista ha convertido a los nacionalismos escocés y galés, por primera vez en la historia, en considerables fuerzas electorales" (*Mouvements nationaux d'indépendance et cierres populaires aux XIX et XX siècles*, París, 1971, vol. I, p. 42). Nairn cita el ensayo, pero no mi argumento.

tes hacemos llegar a la verdadera solución, por poco plausible que ésta parezca?

Puede que tal vez sólo resulte ser "un rodeo en el camino de la revolución" (p. 90); sin embargo ¿existe otra opción si el camino principal ha quedado bloqueado o destruido? La tentación de asegurar que puede o debe ser así es grande, pero también es grande el peligro de que dicho rodeo se convierte en fin del viaje si el nacionalismo separatista (en la forma de un "desmembramiento de Gran Bretaña" o de cualquier otro país) resulta no ser "un hecho progresivo, un paso adelante no sólo para los pueblos de los propios nacionalismos afectados" sino también para Inglaterra y para el resto de los Estados actuales" O. 89). "El neonacionalismo no necesitaría entonces otra justificación" (p. 90). "¿Quién puede negar en tal caso a escoceses, galeses, etcétera, la efectiva autodeterminación, no como una concesión piadosa, sino como una medida práctica e imperiosamente necesaria?" (p. 91). Hemos llegado así, insensiblemente, a un punto en el que la creación de otro Estado-nación se convierte en un fin por sí mismo, y el argumento de izquierda se confunde con el empleado por todas las Ruritánias del pasado. Los portavoces de éstas se preocupaban de asegurarnos —llegando incluso a creérselo ellos mismos— que lo que era bueno para Ruritania era bueno para el mundo; pero aun en el caso de que no fuera así, ellos seguirían adelante con su proyecto.

Nacionalismo y socialismo en Gran Bretaña

En todo caso, cualquiera que sea el argumento general teórico o histórico, las cuestiones fundamentales que habremos de plantearnos deberán ser si el "desmembramiento de Gran Bretaña" u otros grandes Estados-nación ayudará a la implantación del socialismo, y si ello es tan inevitable como Nairn afirma o parece suponer. Estas cuestiones, sin embargo, no se refieren a la teoría general sino a la realidad concreta y a sus posibilidades de concreción. Mirando las

cosas con objetividad, los efectos positivos para el socialismo resultantes del desmembramiento del Reino Unido, aunque haya quien los considere inevitables, no están, hoy por hoy, a la vista. Podría ser cierto que "han aparecido finalmente fuerzas capaces de sacar de sus goznes al Estado (...) como heraldos de una nueva época", si, siguiendo a Nairn, contemplamos la previa destrucción de la vieja forma de organización estatal como una precondition necesaria o, incluso, como "el factor principal conducente a algún tipo de revolución política". Pero suponer que ese hecho por sí solo sería favorable a las fuerzas de izquierda es únicamente un acto de fe. La única respuesta a la pregunta de Nairn, "¿por qué no podría ser también verdad en el caso británico?", sería: ¿podrían indicarse las razones por las que sí debería serlo? Incluso si dejamos de lado por demasiado "electoralista" la probabilidad de que el Partido Laborista en la Inglaterra en declive fuera casi permanentemente un partido minoritario, el efecto más probable, con mucho, de una secesión de Escocia y Gales sería un enorme reforzamiento del nacionalismo inglés. Lo que en las circunstancias actuales equivale a decir de una extrema derecha xenófoba, virulenta y semifascista (se debe utilizar el término, pese a la devaluación a la que ha sido sometido por una ultraizquierda irresponsable).

Es fácil tomar a broma el hecho de que el nacionalismo inglés no ha sido como otros muchos (cap. 7, "The english enigma", pp. 291–305) y prever que después de algunos reveses Inglaterra "se convertirá en una nación como las otras" (!). Nairn, cuya generación ha tenido la suerte de no haber vivido el tiempo en que Alemania atravesó por un proceso semejante, puede muy bien llegar a arrepentirse de trivialidades políticas como: "a su debido tiempo los demás aprenderán a vivir con lo que resulte, que sin duda tendrá algunas compensaciones, además de amargas y locuras ultranacionalistas". Es más sencillo, desde luego, analizar minuciosamente al excéntrico Enoch Powell—quien no se ha convertido en el dirigente del nacionalismo inglés—que al primer movimiento nacionalista inglés "como los demás", que realmente ha conseguido un notable grado de respaldo popular, in-

cluso entre los trabajadores. ¿Cómo es posible hablar sobre el futuro del nacionalismo inglés en 1977 sin mencionar siquiera, si recuerdo bien, el National Front o a movimientos de índole similar?

A menos que uno sea galés o escocés, la perspectiva de que el desmembramiento del Reino Unido pueda con cierta probabilidad precipitar a cuarenta y seis millones de habitantes, de un global de cincuenta y cuatro millones, en la reacción política (podemos dejar de lado el millón y medio de habitantes del Ulster, como *sui generis*), no queda compensada por el posible avance del socialismo entre los ocho millones restantes; aunque en realidad, las razones para confiar en tal avance no son muy convincentes. Lo mejor que puede decirse de un Gales independiente, es que probablemente no será muy distinto políticamente de lo que es Gales en la actualidad. Evidentemente estará menos cerca de la revolución socialista que los gloriosos días de la Federación de Mineros de Gales del Sur; empero no parece imposible que, enfrentados los laboristas con una auténtica competencia por parte de un partido nacionalista, el Plaid Cymru (afortunadamente también imbuido de las tradiciones políticas básicas del país, que son las de la izquierda histórica), traten de recuperar parte de su antiguo espíritu. Por otra parte, el triunfo del Partido Nacionalista Escocés (SNP), un clásico partido nacionalista pequeñoburgués de la derecha provinciana convertido súbitamente en gobierno, sólo puede conseguirse pasando por encima de los restos del Partido Laborista, de lo cual – jay!– el Partido Comunista, cuyo historial como defensor del pueblo de Escocia es con mucho el mejor, es imposible que salga muy beneficiado. Cualquiera que piense que el Partido Nacionalista Escocés aceptará de buen grado transformarse en algo así como un partido socialista, no sabe de qué está hablando. El SNP podrá dividirse o no dividirse; el Partido Laborista quizá podrá recuperarse. Lo que puedan hacer torys y liberales escoceses, nadie lo sabe. Lo que con más seguridad puede preverse es que la política escocesa será compleja e impredecible y podría, incluso, convertirse en violenta si las esperanzas de prosperidad general de llegar a ser el Kuwait del norte o transformarse en una economía industrial cuyos

problemas desaparecerían milagrosamente con la independencia -a diferencia, digamos, de los del nordeste inglés-, no se convirtieran en realidad. Lo cierto es que no será otra Noruega.

¿Es inevitable la separación?

El desmembramiento de Gran Bretaña, al menos por lo que a corto plazo puede conjeturarse, es por lo tanto una perspectiva a la que la izquierda tal vez tenga que resignarse, pero en todo caso no tiene por qué inspirar entusiasmo y sí algunos no muy halagüeños presagios. Esto no es un argumento en favor de mantener la unidad de éste o aquel Estado, por principio; sin embargo ¿es inevitable el desmembramiento de los Estados plurinacionales o territorialmente extensos? La experiencia por sí sola no permite afirmar tal cosa, aunque obviamente los separatistas aducirán que nada puede impedir el triunfo de su causa. Vamos a dejar de lado las tendencias de signo opuesto que en los pasados cincuenta años han convertido a Estados federales como Brasil, México y Estados Unidos en entidades probablemente más unitarias y más controladas desde el centro que antes. Omitamos los ejemplos de delegación de poderes –como algo opuesto a la desmembración– que han tenido éxito hasta el presente, a partir de la segunda guerra mundial en la República Federal Alemana y en Italia. Nairn, que reconoce estos casos, indica que puede ser demasiado tarde para que otros hagan lo mismo, pero esta afirmación es sin duda discutible. De hecho la gran mayoría de los nuevos Estados creados a partir de 1945 no ha surgido de la división de Estados preexistentes, sino a través de la separación formal de sus metrópolis de territorios dependientes y delimitados dentro de fronteras preestablecidas.¹⁶ Hay ejemplos de secesiones que han tenido

¹⁶ Omito, primero, los casos de ficción constitucional en los que los territorios de ultramar fueron oficialmente clasificados como provincias de la metrópoli (Francia, Portugal) y, segundo, los de división de Estados como consecuencia de conflictos de fuerza (Alemania, Corea, China, Taiwan, temporalmente Vietnam).

éxito –notablemente la Bangla Desh con respecto a Pakistán–, aunque tal vez podrían encontrarse más ejemplos de secesiones fallidas (Biafra, Katanga,, Azerbaijón, Kurdistán, etcétera). En realidad es una cuestión de poder, que incluye factores como la capacidad militar, la firmeza en la actitud de los respectivos gobiernos, la ayuda u oposición por parte de Estados extranjeros, la situación internacional en general; y al respecto no es posible efectuar generalizaciones *a priori*. Concretamente, argumentar que la independencia como Estados de Escocia y Gales es "inevitable", supone que si la presión política de esas áreas resultara ser irrefenable, Inglaterra actuaría como Suecia con respecto a Noruega en 1905, o Dinamarca con respecto a Islandia después de 1944, lo que bien puede ser una suposición razonable, en todo caso nada tiene que ver con la inevitabilidad histórica.

Pero ¿es en realidad la presión separatista tan arrolladora? ¿Implica el nacionalismo el propósito de convertir a esas naciones en Estados independientes? La actual e innegable reacción no sólo contra la burocracia centralizada, sentida como tal por el individuo, sino contra otras entidades –no únicamente Estados– cuyas dimensiones dificultan las relaciones humanas, ¿es necesariamente "nacionalista" en su origen o en su carácter? Una vez más, a los nacionalistas les interesa afirmar que así es, por lo menos en lo que respecta a los Estados, siendo éstos las únicas entidades que ellos normalmente consideran. Pero aceptar esta suposición entraña peticiones de principio, no sólo en términos de análisis teórico, sino también de políticas concretas, que resultan inaceptables para los marxistas. Supone aceptar el nacionalismo como lo que éste –o más bien los ideólogos y políticos que pretenden ser sus portavoces– dice de sí mismo; reconocer no hechos y problemas, sino declaraciones programáticas. Supone reconocer los problemas de las áreas industriales en declive (incluso negarlos) cuando se formulan en términos "nacionales" (el nacionalismo valón para los belgas,, el caso de Strathclyde para el nacionalismo escocés), empero no reconocerlos cuando no son formulados en estos términos (el nordeste de Inglaterra). Supone tomar conciencia de la crisis de la vida rural cuando los propietarios de viviendas secunda-

rias en una determinada zona, o quienes se desplazan a diario a esa zona por razones de trabajo, son "extranjeros", como en el norte de Gales, pero no cuando los protagonistas de estas situaciones o procesos son "nativos", como en Suffolk. Supone reconocer como "naciones" a quienes alzan su voz y no a quienes no lo hacen; arriesgarse a identificar los problemas de los judíos como pueblo (la mayor parte del pueblo judío, incluido el cien por ciento de la población de Israel, continúa viviendo en la diáspora y, probablemente, lo seguirá haciendo), con los problemas de un Estado que sólo incluye a la quinta parte de ellos. Supone, en fin, olvidar –como Nairn lo hace– la distinción entre "naciones" y movimientos con indudable peso político (escoceses, galeses, catalanes, vascos y flamencos) y los que constituyen –al menos en el presente– poco más que dudosas y borrosas construcciones ideológicas, como "Occitania".¹⁷

Incluso si decidiéramos no cuestionar la existencia del nacionalismo o –lo que sería menos prudente– las pretensiones de éste o aquel partido político o grupo ideológico de ofrecemos la única versión auténtica del problema, el número de preguntas que este planteamiento

¹⁷ Occitanismo es el intento de establecer la "nacionalidad" de un área de dimensiones inciertas que abarca, para las versiones más radicales, la mayor parte o el conjunto del sur de Francia; área que constituiría una unidad por el hecho de utilizar dialectos y lenguas –difíciles de clasificar como un solo idioma– que no constituyeron la base del moderno francés convencional, caso aproximadamente análogo al del "bajo alemán" de las llanuras septentrionales que no se convirtió en la lengua alemana típica. "Excepto por lo que se refiere al auténticamente panoccitano mundo de los trovadores, nunca ha habido históricamente una conciencia unificada. La conciencia de singularidad siempre ha existido en términos de Auvernia, Languedoc, Limousin, Guyena, etcétera." (E. Le Roy Ladourie, "Occitania m historical perspective; Review, n. 1, 1977, p. 23). No hay razones suficientes para suponer que sus características comunes superen la heterogeneidad de los componentes del concepto de Occitania, ni pruebas de que, con anterioridad al actual movimiento occitano, Occitania se haya considerado a sí misma una "nación" o haya pretendido la independencia como tal. El mencionado movimiento occitano carece hasta el presente de un movimiento de masas similar al de vascos y catalanes (cuyas áreas geográficas, dicho sea de paso, coinciden en parte con el territorio que reclaman algunos occitanistas).

deja sin resolver es inmenso. ¿Qué había cambiado realmente en las aspiraciones de los galeses que hablan galés en Merioneth y Caernarfon cuando finalmente decidieron elegir un diputado del Plaid Cymru en lugar de un liberal o un laborista? Ciertamente, no habían adquirido de súbito un sentimiento nacionalista del que previamente carecían. A la inversa: ¿por qué más de la mitad de los germanoparlantes del Tirol meridional votaron emigrar a la Alemania hitleriana en el plebiscito de 1939? Seguramente no es porque se consideraran a sí mismos éticamente alemanes o nacionalistas alemanes. ¿Eran los católicos irlandeses menos nacionalistas cuando apoyaron abrumadoramente a Parnell y a sus sucesores, que no pedían nada parecido a la independencia, que cuando años más tarde votaron por el Sinn Féin, que sí la solicitaba? ¿Son los galeses menos nacionalistas que los escoceses porque el Plaid Cymru es más débil electoralmente que el Partido Nacionalista Escocés? Un observador desapasionado podría concluir lo contrario de la historia y del nuevo examen de los hechos ¿Mostrará el Plaid Cymru ser menos nacionalista que el SNP si, como es probable que suceda, resulta ser menos rígidamente partidario de la idea de romper todos los lazos con Inglaterra como parte del Estado británico? ¿Es suficiente poner de relieve lo obvio, al saber que en España los votos orientados hacia el catalanismo y hacia las diversas manifestaciones del nacionalismo vasco son exponentes del predominio de la idea nacionalista, sin investigar hasta qué punto son votos que aspiran a la separación o votos en favor de otra forma cualquiera de asociación autonómica, y en este último caso de qué tipo?

Naciones y cambio histórico

Existe para marxistas y no marxistas, sin embargo, un conjunto más amplio de cuestiones que tales planteamientos nacionalistas pasan por alto. Es obvio o debería serlo, que las actitudes específicas de determinadas regiones o grupos nacionales no apuntan invariablemente en una única dirección, bien sea por razones de conveniencia

política o por la inevitabilidad del cambio histórico. Nairn admite la primera de esas consideraciones cuando reitera que los intereses específicos de los protestantes del Ulster los llevaron con toda lógica a insistir en su unión con Gran Bretaña, incluso hoy "la independencia se ve aquí como una maldición bíblica (...) la temida amenaza al final del camino".¹⁸ La independencia política es sólo una opción más entre varias. En el curso del siglo XX, Tirol ha intentado mantener su marcada "identidad" y sus propios intereses a través de una extrema lealtad al imperio plurinacional de los Habsburgo, a través de la búsqueda de diversos grados de autonomía dentro de Austria, por medio de la integración en un Reich pangermánico y, en una ocasión, aunque por poco tiempo, jugando con la idea de una república tirolesa independiente.

La segunda consideración es asimismo relevante. Desde el punto de vista económico, es innegable la tendencia actual a transformar e integrar los intereses regionales en unidades más amplias. En los Estados Unidos, "donde por mucho tiempo la tendencia del viejo regionalismo sureño fue permanecer aparte del resto del país, los intereses regionales de dicha zona la impulsan en la actualidad a moverse en el mismo sentido que el conjunto nacional".¹⁹ También podría ser que, por las razones ya discutidas anteriormente, fuese posible hoy por hoy combinar la integración económica con la existencia de pequeños Estados independientes, al menos mientras las empresas multinacionales puedan operar en condiciones que estimen satisfactorias. En todo caso, la cuestión no es si Frisia podría ser indepen-

¹⁸ Nairn yerra al considerar esta actitud como "absurda" y al autogobierno como "la aburrida y habitual repuesta a los conflictos de nacionalidad: en el presente un producto típico de siglos de historia mundial". En situaciones desgraciadamente tan habituales como la actual del Ulster, donde la clara separación territorial de las diferentes comunidades es imposible, el "autogobierno" en sí es irrelevante a efectos de los conflictos de nacionalidad. En casos como éste, la división fracasa o sólo tiene éxito por medio de la expulsión en masa o el sometimiento por la fuerza del grupo que resulte ser más débil o se encuentre en minoría.

¹⁹ S. Lubell, *The futuro of American politics*, Nueva York, 1956, p. 135.

diente de los Países Bajos y la Alemania Federál, o Salzburgo nuevamente independiente de Austria, sino si "siglos de historia mundial" apuntan de hecho en esa dirección y no en otra.

No suscito estas cuestiones para poner en duda la realidad y la fuerza actuales del nacionalismo, ni para discutir la observación empírica de Nairn de que, una vez que un movimiento nacionalista ha aparecido en la política de un país como movimiento de masas, es probable que conformando parte de la realidad política de ese país de una forma u otra. Tampoco entraña mi posición ninguna actitud preconcebida en favor de Estados pequeños o grandes, unitarios o federales de cualquier modalidad; ni respecto al separatismo en general o de cualquier caso particular, en Gran Bretaña, o en cualquier otra parte. Lo que sí pretendo es que los marxistas no deberían sugerir el cuento de que el proceso de "fragmentación sociopolítica" o la transformación del nacionalismo en "una especie de norma universal" –incluso si aceptáramos esto sin profundizar en el análisis, cosa que no deberíamos hacer– nos permiten realizar pronóstico alguno acerca del futuro de cualquier Estado, región, pueblo, área lingüística o cualquier otro grupo u organización nacionalista. Y mucho menos que la historia se haya ido desarrollando exclusivamente en dirección a las específicas pautas políticas recomendadas por, digamos, el Partido Nacionalista Escocés. Pretendo sugerir, asimismo la necesidad de reconocer el carácter del nacionalismo como una variable tanto dependiente como independiente en el proceso de cambio histórico. En pocas palabras, al señalar la necesidad de efectuar un análisis marxista del fenómeno en general, decidamos o no aplaudirlo y oponemos a él en cualquier determinada versión o ejemplo concreto de él. Es evidente que ello entraña un continuo repensar y desarrollar el análisis marxista. No sólo porque los criterios marxistas sobre "la cuestión nacional" no son satisfactorios –a pesar de la existencia de un cuerpo de doctrina más amplio y valioso de lo que algunos críticos estarían dispuestos a admitir–, sino porque, sobre todo, el propio desarrollo de la historia universal hace cambiar el contexto, la naturaleza y el significado de "las naciones" y el "nacionalismo". No me parece, sin

embargo, que Nairn haya hecho una aportación útil o convincente a este respecto.

Los marxistas y el nacionalismo hoy

Mientras tanto, la actitud práctica de los marxistas con respecto a los problemas políticos concretos suscitados por "la cuestión nacional" apenas requiere modificaciones sustanciales. Los marxistas continuarán, sin duda, siendo tan conscientes de las nacionalidades y el nacionalismo como lo han sido durante la mayor parte del siglo XX: no podría ser de otro modo. Continuarán favoreciendo el más amplio desarrollo de cualquier nación y su derecho a la autodeterminación, incluyendo la posibilidad de secesión, condicionados sólo al propio carácter difuso y mudable de estos conceptos. Lo que –ha de repetirse una vez más– no supone necesariamente que vayan a considerar la secesión como deseable en cualquier caso. Continuarán sin duda, en la mayor parte de los casos, profundamente ligados a sus propias naciones, y continuarán defendiéndolas: su historial en los movimientos europeos de resistencia en el periodo hitleriano habla por sí solo. Sin embargo, a diferencia de los nacionalistas, continuarán reconociendo –generalmente antes que otros– las plurinacionalidades existentes tras la fachada de los Estados, pequeños o grandes.

El mismo hecho de que no sean nacionalistas y su negativa a identificar "la nación", sus "intereses", "destino", etcétera, con éste o aquel programa nacionalista en un momento dado, seguirán haciendo de ellos defensores efectivos de naciones, grupos raciales, distintos de los suyos (como los comunistas ingleses han defendido coherentemente el carácter nacional de escoceses y galeses), y soliciten o no dichas naciones o grupos su separación como Estados. Los marxistas seguirán, por lo tanto, siendo enemigos no sólo del "chovinismo de la gran nación", sino también que en un mundo en gran parte formado de pequeñas naciones constituye una corriente nada despreciable. Puede que con este planteamiento no siempre acierten, aunque se

diría que es más probable que se equivoquen si aceptan sin reservas cualquier supuesto nacionalista, como tantos marxistas han hecho por tanto tiempo en el asunto del Ulster. En muchas ocasiones – especialmente cuando estén en el gobierno– no conseguirán, ¡ay!, cumplir con sus propios principios. Cuando así ocurra, es de esperar que algunos de ellos tengan el valor de reconocerlo, como hizo Lenin cuando en su "testamento" criticó el comportamiento "chovinista" de Stalin, Dzerzhinskiy Ordzhonikidze.

Nadie ha ofrecido razones convincentes por las que esta actitud, compartida por la mayoría de los marxistas (a pesar de las luchas de Nairn con el fantasma de Rosa Luxemburgo) no pueda proporcionar como punto de partida, un criterio adecuado para los problemas políticos a los que los marxistas habrán de hacer probablemente frente en este terreno. Incluyendo el "desmembramiento del Remo Unido", que, en la forma de secesión de escoceses y galeses, muchos marxistas no considerarían hoy por hoy como una solución deseable, a diferencia de la independencia del Ulster, que muchos de ellos recibirían con agrado. Lo que no quiere decir que no aceptaran el hecho consumado de la antes mencionada secesión o que, en otras circunstancias incluso la acogieran favorablemente. Esta actitud no garantiza el éxito, pero tampoco lo garantiza la sugerida por Nairn; la diferencia entre las dos radica en que una es menos autoengañososa que la otra. En la medida en que Nairn permanece dentro de las fronteras del marco convencional del debate marxista –ciertamente realista desde el punto de vista histórico o político–sobre la actitud con respecto al nacionalismo, sus juicios son, como mínimo, discutibles, aunque algunos estimemos incluso que son erróneos. En la medida en que Nairn trata de alterar los términos de ese debate, el principal propósito de sus argumentos no parece ser, como apunta, convertir el marxismo "por primera vez en una auténtica teoría universal" o "separar lo duradero –lo `científico' (...) – de la ideología, en nuestra Weltanschauung" (p. 363), sino simplemente cambiar de ideología y socavar la "ciencia".

Esto deja al marxismo a merced del nacionalismo. En esto, desgraciadamente, Nairn no está solo actualmente, en particular en aquellos países en los que los problemas relacionados con el tema nacionalista dominan el debate político. Como ha puesto de relieve Maxime Rodinson acerca del Oriente Medio árabe: "Por una parte el nacionalismo puro utilizaba justificaciones de carácter marxista y reclutaba propagandistas formados en el marxismo (...) Por otro lado el izquierdismo internacional (...) denunciaba vigorosamente a los regímenes puramente nacionalistas (...), pero no daba menos importancia a la lucha nacional. El argumento sofístico para justificar esto era postular la fidelidad intransigente de "las masas" a la causa nacionalista en sus formas más extremas (...) Se situaba la revolución social en una óptica en último término nacionalista. De ahí que corra el riesgo de quedar subordinada al nacionalismo".²⁰ No se necesita ser un luxemburguista para reconocer los peligros de un marxismo que se pierda en el nacionalismo. Lenin no hablaba de los flamencos o los bretones, sino de lo que él veía como el caso más claro de nacionalismo antimperialista "progresivo" y "revolucionario", cuando advirtió a Zinoviev y a sus colegas que querían predicar "una guerra santa" en el Congreso de Bakú en 1920: "No pintemos de rojo el nacionalismo", dijo.²¹ La advertencia sigue siendo válida.

²⁰ *Marxisme et monde musulman*, París, 1972, pp. 564–565.

²¹ M. N. Roy, *Memoirs*, Bombay, 1964, p. 395.